

Carina, la abejita zumbadora

En las ramas altas de un enorme árbol se encontraba una colmena de abejas. Todas estaban muy atareadas trabajando. Se pasaban el día arriba y abajo zumbando alegremente mientras buscaban néctar, y seguían zumbando contentas mientras fabricaban miel.

Carina era una abejita cuya tarea era ayudar a buscar flores dulces de las que extraer el néctar. Luego lo llevaba a la colmena para fabricar miel. Un día, mientras volaba dando vueltas, se fijó en un grupo de mariposas que pasaban por allí revoloteando.

¡Son preciosas! —pensó—. Mira qué alas más bonitas con tantos colores distintos. Me gustaría ser tan linda como ellas.



Carina sintió envidia de los lindos diseños de sus grandes y coloridas alas. Se miró las suyas y pensó que no se veían igual de vistosas.

—De todas formas, ¿quién querría ser una abeja? —murmuró entre dientes.

Su amigo, Lino, se dio cuenta de que parecía triste.

—Carina, ¿por qué estás triste? —le preguntó Lino.

—No pasa nada —respondió y salió volando.

No quería contarle a Lino el motivo de su tristeza.

—Pensará que es una tontería —se dijo a sí misma.

Durante el resto de la mañana, Carina anduvo con mala cara. Todas las demás abejas se preguntaban qué le pasaba. Lino trató de animarla, pero Carina le dijo que la dejara tranquila.



Cuando terminaron la tarea matutina de recoger néctar, las abejas regresaron a la colmena donde trabajaron mucho para almacenarla en los panales. Carina continuó con su labor con cara larga; ni siquiera cantó junto con sus compañeras, ni se molestó en conversar con ninguna de ellas.

Al mediodía escucharon unas risas infantiles. Algunas de las abejitas acudieron a la entrada de la colmena para ver lo que ocurría. Al pie del árbol se había reunido una familia para celebrar una comida campestre. La mamá estaba extendiendo una manta mientras el papá sacaba del auto el cesto de la comida, y los niños jugaban cerca.



Carina decidió echar un vistazo más de cerca, así que bajó volando y se posó sobre una rama. Observó a los niños jugar, y cuando la feliz familia se sentó bajo la sombra del árbol para disfrutar del picnic, voló para verlos más de cerca. En ese momento, el niño vio a Carina.

—¡Miren, una abeja! —dijo señalando a Carina—. Debe haber por aquí cerca una colmena.

—Está allí arriba, en el árbol —dijo el papá.

—Creo que las abejas parecen como hadas pequeñitas con trajes a rayas —comentó una de las niñas.

—¿Saben que la miel que comimos con las tostadas del desayuno procede de las abejas? —preguntó el papá.

—Ajá —dijo el niño—, y la miel que recogen las abejas y que sacan de distintas flores tiene su propio sabor único. Todo depende del tipo de flores que visitan las abejas.

—Así es —dijo el papá—, Dios hizo a cada criatura especial y única a su propia forma.



—Me gustaría poder hacer miel —
dijo la niña.

—Bueno, ese trabajo se lo dio el
Señor a las abejas —explicó el papá—
, a ti te hizo tal como eres, también
especial a tu manera, con tus dones y
talentos.

Carina meditó en lo que el papá
había dicho.

—Supongo que eso significa que
Dios me ama tal y como soy —se dijo
a sí misma—. Soy especial para Él.
Gracias, Señor, por todas las cosas
que hago, y que puedo ser útil y
hacer felices a otros también.

Tras esta breve oración, Carina
salió en busca de Lino para pedirle
disculpas por haber sido gruñona.
Lino se puso muy contento al ver
a su amiga de nuevo zumbando
alegremente. Él siempre había sabido
que ella era especial, a su manera,
y se alegraba de que ahora ella
también lo supiera.

Autor anónimo. Ilustraciones: Y.M. Diseño: Stefan Merour.

Publicado por Rincón de las maravillas.

© La Familia Internacional, 2014

